



## CANTO DÉCIMONONO.

ARGUMENTO. — Abstiénesse Adan de contar una de las escenas del juicio final. — Son condenados los cristianos que tienen demasiado orgullo en su fe. — Abbadona es juzgado por el Mesías. — Levántanse á los cielos los bienaventurados, precedidos por las almas de los pecadores que perecieron en el diluvio. — Transformacion de la tierra. — Fin de la vision de Adan. — Aparécese Jesus á algunos de sus discipulos, en las orillas del mar de Galilea. — Muéstrase á quinientos fieles reunidos en el Monte Tabor. — En un bosque de palmeros se aparece á los apóstoles y á los *setenta*. — Sueño profético de Juan. — Tomás conduce á los discipulos al valle de Getsemani, y reunidos todos con Cristo pasan al monte de los Olivos, donde ya se hallaban los ángeles y los resucitados. — Bendice el Mesías á los apóstoles y sube á los cielos. — Elohá y Salem mandan á los apóstoles que regresen á Jerusalem, y allí esperen al Espíritu Santo.



Entre el estrépito de los angustiados gritos de los réprobos, escuchó Adán la dulce voz de Eva, que de pie sobre una radiante colina, suelto el cabello, tendidos los brazos, y bañado el rostro en llanto, pedía misericordia para sus desventurados hijos. Perdióse en el espacio infinito aquella súplica del maternal corazón, y Adán no oyó mas que el murmullo de las celestes arpas, espresando primero tierna compasion y despues inefable gozo. Cediendo á un sentimiento que no procura definir, no habló el padre de los hombres á los ángeles ni á los resucitados de aquella vision consoladora, cuyo recuerdo, inspirándole cierta vaga melancolía, fué causa de que durante largo tiempo guardase silencio. Mas al cabo prosiguió su relacion de esta manera :

« Dejaron los ángeles de la muerte el horizonte de los cielos, y nuevos ministros de la voluntad divina recorrieron en todos sentidos los campos de la resurreccion. Penetraron sus miradas en la espesa muchedumbre de los muertos que quedaban por juzgar, y con voz breve y adusta les dijeron : ¡Seguidnos todos! y los muertos los siguieron sombríos como los pensamientos de destruccion, silenciosos como los mármoles de sus sepulcros. Entonces un serafin, de aspecto grave y severo rostro, salió á su encuentro y les intimó este decreto del Juez supremo :

« ¡Postraos, y escuchad vuestra sentencia! »

« Y se postraron permaneciendo inmóviles como rocas que á la orilla del mar arroja la erupcion de un volcan; y el serafin se alejó en silencio.

« El mas amable de los discípulos, aquel que ya en la tierra comprendió todo el amor que en si encierra el amor de Cristo <sup>4</sup>, se levantó de su silla de oro. Todos los jueces se inclinaron para saludarle, cuando pasó para ir á revelar las acciones de los muertos, que, postrados en la tierra, gemian hondamente. Mirólos Juan un instante en silencio, y despues cayó su palabra sobre ellos como el rayo de Jehová que no hiere todos los montes, que no surca todos los abismos; pero purifica el aire y arroja á lo lejos las emponzoñadas nubes.

« A todos os conozco, dijo, y hablo solo á los « mas culpables. De vuestro propio mérito hicis- « teis un ídolo, elevándolo sobre la eterna ley y « sobre la conciencia misma. Nunca invocasteis la « hora de la redencion, porque os creisteis purós « y sin mancha, y osasteis juzgar á vuestros her- « manos que caminaban humildemente por la tier-

<sup>4</sup> San Juan evangelista, llegó á edad muy avanzada, y no permitiéndole en ella su debilidad andar por sus propios pies, hacia que le llevasen á la Iglesia, donde incesantemente repetía estas palabras : *Amaos, hijos míos, los unos á los otros.* Advirtiéndole sus discípulos que siempre repetía lo mismo, contestó : *Ese precepto es del Señor, y si se le observa, basta.* — T. F.

« ra de luchas y de pruebas. Desconocisteis á la  
 « virtud silenciosa y modesta, para tributar home-  
 « nage á su mentida imagen si la veiais sentada en  
 « el trono de los reyes, ó rodeada de las humanas  
 « grandezas. Siempre estaba en vuestros labios el  
 « nombre de la Providencia; mas nunca vuestros  
 « corazones tuvieron fe mas que en vosotros mis-  
 « mos, ni deseasteis otra cosa que los bienes de la  
 « tierra. A la dulce voz de la caridad cristiana  
 « unisteis vosotros los roncos acentos de la envi-  
 « dia. En apariencia, fueron siempre loables vues-  
 « tras acciones, porque temiais el juicio de los  
 « hombres; mas nunca reinó en vuestras almas la  
 « paz de los justos, porque tampoco supisteis nun-  
 « ca bendecir á vuestros enemigos, ni dar gracias  
 « al cielo por los males que os enviaba. Y hé aquí  
 « que estais en fin ante el Juez Supremo que lee  
 « en todos los corazones, que castiga y recompen-  
 « sa los pensamientos... Levantaos y contemplad á  
 « los bienaventurados; la humildad, la mansedum-  
 « bre los han guiado hasta el fin donde eternas ale-  
 « grías compensan las penas de un instante. ¿Ha-  
 « beis pasado como ellos las noches en el llanto y  
 « la oracion? ¿Habeis conocido como ellos la di-  
 « cha inefable de no tener por testigo de una bue-  
 « na accion mas que al Juez supremo? No, jamas  
 « implorasteis la misericordia del Salvador, por-  
 « que no quisisteis comprender que ni uno solo

« de los seres creados puede ante su justicia com-  
 « parecer puro y sin mancha. »

« Y mientras así hablaba el noble Juan agitóse  
 la balanza: fueron los muertos hallados faltos y  
 sin embargo no enviados al abismo: el crepúsculo  
 de la mañana rodeó á aquellos pecadores, y en el  
 seno de la eternidad se formó un sol que mas tarde  
 ó mas temprano lucirá para ellos.

« Otros muertos, que estaban á la izquierda del  
 Juez supremo, fueron por los ángeles de la muerte  
 precipitados al abismo de la condenacion, y millares  
 de sombrías nubes los envolvieron en sus negros  
 mantos.

« Entonces en la alta cima de una solitaria peña  
 pareció el triste Abbadona inmóvil y con los ojos  
 fijos en el inmenso abismo que á sus pies bramaba.  
 Dirigióse á él uno de los ángeles de la muerte, y  
 oyendo el estrépito de su siniestro vuelo, tendió  
 Abbadona el cuello para recibir el golpe que habia  
 de borrarle de la creacion. Mas no hiriéndole  
 aquel terrible ministro del Eterno, levantó el angel  
 caido la cabeza, fijaron en él la vista todos los  
 muertos, y en fin humillándose de nuevo y gimien-  
 do hondamente, tendió Abbadona sus brazos al  
 Juez supremo y dijo:

« ¡Llegada es, sí, la última hora de los tiempos,  
 « la terrible hora en pos de la cual vendrá para  
 « mí la eterna noche! ¡Permite, ó tú que ocupas

« el celeste trono, permíteles á mis ojos bañados  
 « en lágrimas que por última vez te contemplen !  
 « Tú que tanto has padecido, deja caer una mira-  
 « da de compasion al fondo del abismo en que gi-  
 « men aquellas de tus criaturas cuya degradacion  
 « fué tal, que se hicieron indignas hasta de tu mi-  
 « sericordia... No te pido que me perdones... Voy  
 « á ser aniquilado que es todo cuanto me atreví á  
 « esperar : pero dignate recordar que tú mismo  
 « me creaste para la vida eterna... Permanezca para  
 « siempre vacío el lugar que ocupé en los cielos,  
 « desaparezcan conmigo mi nombre y largo remor-  
 « dimiento, desaparezca yo todo entero en la eter-  
 « nidad... ¿No desciende sobre mí tu rayo?...  
 « ¿Estaré condenado á vivir?... Entonces, ay, per-  
 « míteme permanecer solo sobre esta negra roca :  
 « la eternidad de mis tormentos me parecerá me-  
 « nos terrible si al mirar en torno puedo decirme,  
 « allí se levantaba su trono, allí adoró mi pensa-  
 « miento las gloriosas heridas que redimieron á la  
 « especie humana ; ¡de allí partieron con él los bie-  
 « naventurados al lugar de la eterna dicha de don-  
 « de para siempre me arrojó mi crimen ! »

Diciendo así, apoderóse de él un sueño irresis-  
 tible y cayó hasta el pié de la roca. Los ángeles mi-  
 raron inquietos y en ademan de súplica el tranquilo  
 y grave rostro del Juez supremo ; la especie huma-  
 na entera guardó silencio ; la tempestad y el true-

no contuvieron sus amenazadoras voces ; penosa  
 incertidumbre suspendió todo movimiento en lo  
 infinito. En medio de aquel estupor universal des-  
 pertóse Abbadona, y al través de los atentos cielos  
 llegaron hasta él estas palabras :

« Yo conozco á todas mis criaturas, veo al in-  
 « secto antes de que se anime en el polvo, veo al  
 « serafin antes de lanzarlo á los espacios ; penetro  
 « en todos los corazones, comprendo todos los pen-  
 « samientos... Abbadona, tú te has apartado de tu  
 « creador y padre, y contra tí dan testimonio las  
 « almas que he tenido que desechar porque si-  
 « guiendo tu ejemplo me abandonaron. »

« El angel caido retorció sus brazos y dijo :

« ¡Pues que te dignas reconocer aun á la mas  
 « desdichada de tus criaturas, pues que tu vista  
 « mide todo el horror de una eternidad de remor-  
 « dimientos sin esperanza de perdon, apiadándote  
 « de mí, me aniquilarás! Al darme la existencia  
 « determinaste el lugar que habia de ocupar entre  
 « los mas nobles de tus hijos, yo me hice indigno  
 « de tanta felicidad, de tanta gloria ; mas antes de  
 « dejar de existir quiero saludar á cuanto salió de  
 « tu pensamiento : ¡quiero adorar por última vez á  
 « tu pensamiento mismo!.... ¡Cuando cielos y  
 « mundos apenas creados se lanzaron á sus eter-  
 « nas órbitas, cuando los ángeles conocieron su  
 « existencia y sus innumerables legiones te rodea-

« ron á tí, que despues de una eternidad de soledad y silencio, acababas de abrir las puertas de otra nueva eternidad de vida y movimiento, entonces me creaste! Ignorando aun que el dolor fuese posible me entregué á la dicha de amarte, y á tí, á tí solo preferí á todos los nobles espíritus con que acababas de poblar el espacio infinito. La eterna salud me daba sombra con sus bienhechoras alas, y donde quiera que se fijasen mis ojos hallaban beatitud y perfeccion. ¡Con cual éstasis cantaba yo entonces la felicidad de ser y de hallar en todo amor por amor! ¡ Y para medir la duracion de aquella inefable existencia la eternidad me estaba abierta! ¡ Y para contar mis días notaba yo las obras de tu poder y de tu misericordia!... Disuelve ahora al espíritu inmortal que se apartó del fin para que fué creado. ¡ Heme aquí, hiere, ó tú que me colocaste en las mas tenebrosas simas del destino : fuí al principio uno de los testigos de tu amor, redúzcame ahora á polvo tu venganza! »

« Acabando de hablar se postró á los pies del trono... Todavía reinaba el silencio en los cielos y reinaba en la tierra, y yo levanté temblando los ojos á las sillas de oro... Mas la palidez y turbacion de los rostros de los mártires me demostraron que ninguno de ellos sabia que suerte esperaba al desdichado Abbadona. Los ángeles de la muerte se-

guiaban con sus negras nubes y flamígeras cuchillas pendientes sobre la cabeza del culpable, y con la vista fija en el Mesías, esperaban á que con una mirada ó con un gesto les hiciese conocer su voluntad suprema. »

Aquí dominado por el exceso de su emocion calló Adan, contemplándole con inquietud los ángeles y los resucitados, porque imaginaban que el sueño que precede á la resurreccion pesaba sobre él por segunda vez; pero el padre del género humano bendiciendo las sensaciones que le abrumbaban continuó su relacion :

« Y oí palabras dulces como las de una madre cuando consuela á su amado hijo, solemnes cual los himnos de los arcángeles, y esas palabras que salian del trono decian al angel caido :

« Abdiel Abbadona, ven, ven, que tu Salvador te llama. »

De nuevo se interrumpió Adan, mas el deseo de contarles á sus celestiales amigos la dicha de Abbadona, le sacó bien pronto de su meditacion y prosiguió diciendo :

« Yo le ví levantarse en vuelo rápido como el del pensamiento, impetuoso como la tempestad cuando lleva al Eterno sobre sus inmensas alas, y á medida que al trono se iba aproximando recobraba su persona la primitiva belleza, y en sus ojos se encendia aquella ardiente y pura llama que distingue

á los hijos de la luz cualquiera que sea la forma que momentáneamente tomen.

« Ya en esto Abdiel habia dejado su lugar entre los seráfines para salir al encuentro de su hermano, y al estrecharle contra su seno centelleaban sus mejillas y de su corona de oro salian armoniosos sonos. Mas Abdiel Abbadona tuvo esfuerzo bastante para arrancarse de los brazos de su amigo, cuya buena opinion y amor acababa de recobrar para precipitarse á los pies del Salvador. Dulce murmullo llenó los ámbitos del espacio, lágrimas de alegría corrieron suavemente por las mejillas de los bienaventurados, y las sillas de oro de los ancianos del trono resonaron como las arpas de los ángeles custodios cuando ellos las pulsan al lado de la cuna del hombre virtuoso que acaba de nacer ó sobre la tumba del santo que de espirar acaba!

« Despues de haber adorado largo tiempo al Redentor del mundo le dirigió Abdiel Abbadona estas palabras :

« ¿Qué nombre te daré á tí, que acabas de hacerme comprender la omnipotencia de tu misericordia?... Primogénitos de la creacion, y vosotros todos á quienes el sacrificio de la Redencion hizo herederos del reino de la luz, hablad : ¿quien de vosotros me ha llamado, qué voz ha sido la que pronunció mi nombre?..... ¿No me respondeis?.....

¡Fué entonces la tuya, divino Salvador, cordero inmolado, inagotable fuente de toda bienaventuranza!... ¡ La última hora de los tiempos no ha debilitado tu fuerza creadora : porque yo habia muerto, muerto para la eternidad, y tú acabas de crear-me de nuevo! La eternidad que te debo me parece demasiado corta para pintarte mi amor y gratitud. ¡Cielos y tierra, regocijaos : el Señor acaba de decirle al dolor: no seas!... ¡Acaba de decirles á las amargas lágrimas de la desesperacion y del arrepentimiento : os he contado y en adelante sereis signos de la bienaventuranza celestial! ¡Gloria y gratitud al Juez supremo, al hijo del Eterno, al principio de amor y de misericordia!

« En aquel momento la vision se me presentó confusa y vaga ; á mis oidos no llegaban mas que lejanos murmullos y ahogadas quejas cuyo sentido me fué imposible comprender. Parecíame que por aquellas indeterminadas imágenes pasaba el tiempo huyendo unas veces rápido y orgulloso, y arrastrándose otras con lentos é inciertos pasos. Años habian transcurrido, ó por lo menos así me lo parecia, cuando se desvaneció la nube que oscurecia mis ojos, y el inmenso cuadro del juicio final volvió á ser claro y distinto para mí.

« El terrible resplandor del trono se hallaba reducido á bienhechora luz que blandamente iluminaba el campo de la resurreccion, en cuyos in-

menos límites no se atrevieron hasta entonces mis ojos á estenderse. En una lontananza tal, que asombró á mi pensamiento ví elevarse hácia el santuario de los cielos á innumerables elegidos, y á su cabeza á los primeros hijos de la tierra que perecieron cuando en su justa cólera derramó el Eterno las cataratas del cielo sobre los herederos del pecado y de la muerte, triste patrimonio que yo legué á mi desventurado linage. Con inesplicable gozo contemplé á aquellas primeras víctimas de mi culpa que despues de gemir durante siglos en tenebroso destierro, veían en fin quebrantadas para siempre sus cadenas. Mientras que mi vista y bendición las seguían á lo lejos, sentí bramar á mis pies la voz del trueno : miré y ví á la tierra temblar, disolverse, y á las ruinas dispersas de la morada del anatema y de la muerte convertirse en nuevo Eden; de la misma manera que mis huesos amasados con el polvo de aquella tierra se han transformado en el cuerpo inmortal donde ahora habita mi espíritu.

« El dulce alentar de la resucitada tierra resonaba aun en mis oídos; la insólita y bienhechora claridad con que brillaban todos los astros de la creación resplandecía aun á mis ojos : mas ya la visión, habiendo llegado á los límites que el Salvador le había señalado, desapareció; y yo, celestiales amigos, vine á contaros lo que he visto y oído. »

Entre tanto habia Jesus bajado del monte Tabor, y á orillas del mar de Galilea se paseaba pensativo, silencioso y visible solo para los ángeles que de todos los puntos del universo le llevaban mensajes. Separábanse de él y volvían á encontrarle aquellos ángeles, para partir de nuevo, absortos y gozosos con las santas misiones que les encomendaba, misiones que tambien llenarán de gozo ó de terror á nuestras almas, cuando libres de los lazos del cuerpo, puedan ya comprender los secretos de la eternidad.

Nuevo día luce sobre la tierra, mas un velo tejido con los destellos de los diamantes y la blanca luz de la luna templa el resplandor de sus nacientes rayos; y silenciosa calma reina sobre toda aquella region que el silencio santifica con su misterioso aliento. De en medio de los blanquecinos vapores que aun no pueden desprenderse de la superficie de las aguas donde la noche los aletargó, sale una barca tripulada por nobles y piadosos amigos. Simon Pedro contempla las redes que en vano arrojó repetidas veces durante la noche al lago donde sin embargo abunda la pesca; á su lado Bartolomé sostiene con sus manos su cabeza encanecida por los años. Tadeo, sumido en melancólica distracción, se apoya sobre un remo, y muestra en el semblante y miradas celeste gozo; dulce serenidad respira el rostro de Nataniel á quien la re-

surreccion de Cristo consoló de la muerte de María; el noble Santiago eleva al cielo sus pensamientos; pero Juan solo en Jesus piensa, y todos sus afectos permanecerán unidos á la tierra mientras esta se halle santificada por la presencia de su divino maestro.

Acercándose la barca á la orilla vieron los discípulos al Mesías, y aunque no le conocieron, la nobleza de su porte y la magestad de su rostro les cautivaron la atencion, de manera que unos á otros se dijeron que no podian menos de admirar al desconocido. Entonces Jesus levantó la voz preguntándoles si querian darle algun alimento: pero los discípulos callaron, porque á pesar de haber pasado la noche pescando, hasta entonces nada habian cogido. Compadecido del dolor que les causaba la imposibilidad de darle lo que le pedia, mandóles el Señor que tendieran la red á la derecha de su barca: obedecieron los discípulos y al punto se llenó aquella de tan gran cantidad de pescados, que apenas bastaron las fuerzas de todos ellos para sacarla del agua. La sorpresa que pesca tan abundante produjo en los discípulos hizo que Tomás y Tadeo volviesen los ojos hácia el desconocido, dejándose conocer en sus centellantes ojos la gozosa esperanza que habian concebido: pero Juan reconoció desde luego al Salvador, y un grito de alegría y el nombre de Jesus salie-

ron involuntariamente de sus trémulos labios.

Al oir aquel nombre arrojóse Simon Pedro de la barca, y caminando sobre las olas llegó á la orilla donde á poco desembarcaron tambien sus compañeros, reuniéndose todos enagaaados en torno de su divino maestro. Señaló el Mesías un monton de panes y una lumbre ya encendida para asar los peces que Simon Pedro acababa de pescar; y en breve dispuesto el banquete se agruparon todos en derredor del fuego. Entonces por segunda vez, desde la triste noche que precedió á su muerte, bendijo el Mesías el pan que á sus discípulos ofrecia.

Así que acabaron de comer llamó el Señor á Pedro y llevándole á la orilla del mar le dijo:

« ¿Cefas, me amas? ¿Tu cariño á mí lo es á toda prueba? »

Y Pedro responde:

« Tú lo sabes, Señor; porque lees en todos los corazones. »

« ¿Entonces, porqué tardas? ¿Porqué no vas á apacentar mis corderos? »

Dos veces repitió el Salvador la misma pregunta á su discípulo, y este respondió con profunda tristeza:

« Señor, tú sabes todas las cosas; tú sabes que te amo. ¿Cómo puedes dudar aun de mi amor y de mi fidelidad sin límites? »



Y Jesus volvi6 á decir :

« ¿A qué tardas entonces? *Apacienta mis corderos. En verdad, en verdad te digo que cuando eras mozo te ceñías*<sup>1</sup> *é ibas á donde querias* : mas cuando ya fueres viejo, estenderás tus manos y te ceñirá otro, y te llevará á donde tú no quieras. ¿Porqué no me sigues? »

Comprendió Pedro que aquellas palabras significaban que moriria para dar testimonio de la gloria de su maestro, y llen6se su alma de inefable gozo.

Volviéndose Pedro vió que los seguia aquel discípulo, á quien amaba Jesus y que en la cena estuvo recostado en su pecho<sup>2</sup>; y cuando Pedro le vió preguntó á Jesus si tambien Juan habia de morir en el martirio.

Respondióle Jesus :

« Así<sup>3</sup> quiero que él quede hasta que yo venga. ¿Qué te va á tí? Tú, sígueme. »

Ya no ven los discípulos á su maestro : así las

<sup>1</sup> Klopstock dice : ahora que *eres mozo te ceñirás*, etc. Las palabras del versículo 18, cap. XXI, evangelio de San Juan, son las que yo escribo. Bueno será decir que los Hebreos y demas pueblos asiáticos, al ponerse en marcha ó entrar en batalla, se arretaban el ceñidor de sus túnicas, y de ahí la frase de *ceñirse*, cuya interpretacion es ó prepararse al combate ó comenzar el viage. — T. E.

<sup>2</sup> Versículo 20, cap. XXI, evangelio de San Juan. Todo este pasaje es copia del lugar citado. — T. E.

<sup>3</sup> Klopstock dice : « Y si quiero, etc. » La traduccion española co-

olas del mar se levantan y desaparecen á la vista del inquieto navegante.

Despues de un breve rato de silencio clamó Pedro con el mas intenso gozo :

« Sí, pronto moriré como él : pero tú, Juan, eres inmortal. »

Y los demas discípulos felicitaron á Juan por aquel ináudito favor, de que todos le juzgan digno : solo el favorecido comprendió el verdadero sentido de las palabras del Mesías, mas en vano procuró disipar el engaño de sus amigos. Tan gozosos con la idea del martirio que para sí esperan, como con la supuesta inmortalidad de Juan, volvieron los discípulos á su barca, y en ella fueron á distribuir los peces que les quedaban á los desdichados pescadores que en vano tendieron sus redes durante toda la noche.

Levántanse los soles, ocúltanse los soles ; y Cristo prosigue juzgando á las almas de los pecadores. Con mayor rapidez que nunca comunica sus órdenes á los seráfines, y esos ministros de su divina voluntad abren y cierran alternativamente el libro de la vida cuyas páginas esparcen rara vez la suave claridad que las ilumina, cuando contienen el nombre de alguno de los elegidos. Las sentencias

plia las palabras de Cristo segun el versículo 22, capítulo y evangelio citados. — T. E.

del Juez supremo hieren con la presteza del relámpago, y disipan las tinieblas del porvenir como los rayos del sol deshacen las nieblas de la mañana.

Cumpliendo con su santa mision los testigos de Cristo han ido de cabaña en cabaña, de valle en valle, proclamando que el Salvador ha resucitado; que de sus sepulcros salian los muertos para esplicar aquel misterio de los muertos; que ya el mismo Jesus se habia aparecido á muchos de sus elegidos; y que sobre la cima del Tabor habia de aparecerse á quinientos fieles á la vez. En consecuencia todos los amigos de Cristo han ido al sagrado monte.

Hallábanse ya reunidos en la pendiente del Tabor varios fieles acogiéndose á donde quiera que algun cedro les ofrecia un abrigo contra los ardores del sol; y Lázaro, despues de haberlos contado, les dijo :

« Todavía no sois mas que doscientos, y mayor es el número de los llamados. Hasta que se hayan reunido todos los bienaventurados á quienes Jesus quiere iluminar con un destello de su divinidad, no derramará sobre nosotros la copa de su misericordia. Mientras llega ese venturoso instante cantad, hermanos míos, cantad salmos á la gloria del Salvador. »

La santa Virgen María se levanta y dice :

« Tal vez nuestra madre comun hizo demasiado descendiendo hasta permitir que una muger mortal como yo cantase con ella un himno celestial : pero sin temor podré unir mi voz á la de los amigos que el divino resucitado tiene en la tierra. ¡ Ven, amada Magdalena, glorifiquemos juntas al Hijo del Eterno ! »

Magdalena se levanta y dice :

« Voy á obedecerte á tí, bienaventurada madre, que oiste los cantos de los seráfines que celebraban el nacimiento del niño de Belen, á tí que has oido los acentos del arpa de Eva, que bajó de los cielos para iniciarte en la gloria inmortal á que estás destinada. Canta, y de lejos te seguirá la debil voz de Magdalena. »

Pulsó María las cuerdas de su salterio, y con dulce voz cantó :

« Los ángeles del cielo celebraron al niño recién nacido ; lloraba el niño, y los ángeles glorificaron sus primeras lágrimas. »

Y Magdalena responde :

« Yo, la mas grande de las pecadoras, me arrojé á sus plantas, y mis lágrimas hallaron gracia ante aquel cuyas primeras lágrimas glorificaron los celestiales coros.

« ¡ Ay! amada Magdalena ; no eran lágrimas, sino sangre la que bañaba su rostro cuando por nosotros padeció en el valle de Getsemani.